

LA PARTICIPACIÓN POPULAR EN LA INDEPENDENCIA DE NUEVA GRANADA SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE. UN BALANCE

Rigoberto Rueda Santos

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

RESUMEN

El ensayo analiza la visión que la historiografía tradicional ha consolidado sobre la participación popular en la Independencia de Colombia y explora los temas que la más reciente historiografía sobre este período ha cuestionado y renovado. Entre dichos temas se encuentran: las guerras de independencia como expresión de conflictos preexistentes, la reducción de los términos del enfrentamiento únicamente a los bandos republicano y realista; el recurso al pueblo como mecanismo de presión y legitimidad; la reelaboración del discurso republicano entre los sectores populares; y la movilización indígena antirrepublicana. El artículo concluye presentando algunas propuestas que enriquecerían la comprensión de la política popular desplegada a lo largo de las guerras de independencia.

PALABRAS CLAVE: Independencia, historiografía, Colombia, sectores subalternos, guerras, republicanos, realistas, indígenas, antirrepublicanos.

SUMMARY

This essay analyzes the vision of Colombian independence consolidated by traditional historiography regarding popular participation. It goes on to explore the themes that the more recent historiography of this period has questioned and revised. Among these themes are: the independence wars as expressions of pre-existing conflicts, the use of "the people" as a mechanism of pressure and legitimacy, the reduction of the terms of confrontation to simply republican vs. royalist camps, the reconstruction or articulation of republican discourse among popular sectors, and anti-republican indigenous mobilization. The article concludes by presenting some proposals aimed at enriching our understanding of the kinds of popular politics deployed in the course of the independence wars.

KEY WORDS: Independence, historiography, Colombia, subaltern sectors, wars, republicans, royalists, indigenous peoples, anti-republicans.

INTRODUCCIÓN

Hace ya más de 20 años Germán Colmenares hacía un llamado a liberar los estudios de historia social del marco historiográfico tradicional y a pensar la participación de las clases populares respecto de un proceso político “positivo”, creador de la nacionalidad. Invitaba a hacer una historia social que permitiera ver que esas “masas” no se incorporaron a un “movimiento” sino que se colaron en sus intersticios y persiguieron sus propios objetivos.¹ Esa historia social nueva debería reconocer en la participación popular formas políticas no institucionalizadas que por lo mismo no habían figurado en los manuales de historia patria. Proponía, igualmente, matizar la tesis tradicional acerca de que los movimientos de independencia tenían estrecha relación con viejos agravios económicos de los criollos originados en el centralismo borbónico y en su intento de “remozar” el monopolio comercial, reconociendo que en otras regiones, “los conflictos que desata la independencia son de carácter interno y por eso aparecen más bien como un preámbulo a las guerras civiles del siglo XIX”, de modo que las luchas desatadas en los años de la independencia condensaban conflictos previos y anticipaban posteriores. Con ello, planteaba la necesidad de modificar la perspectiva temporal en la que tradicionalmente se considera el proceso de independencia. Visto en el largo plazo, “el período de las guerras de independencia aparece como un catalizador de conflictos latentes”.²

Lentamente, las demandas de Colmenares por una historia social renovadora en el estudio de la participación popular en la independencia y por la reconsideración del proceso mismo se han venido cumpliendo. Esta perspectiva ha venido siendo allanada por la historiografía social más reciente, aunque circunscrita a las provincias del Caribe y el suroccidente neograndino, en cuyos avances se apoya la presente lectura. Ello ha implicado la discusión crítica con la historiografía nacionalista y patriótica, así como el reconocimiento de que en la coyuntura independentista los sujetos populares persiguieron sus propias metas políticas, no obstante que no fueran formuladas expresamente o se hayan mantenido en ámbitos locales.

1. Germán Colmenares, “Debate sobre la ponencia ‘Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1810-1830’”, en Jean Paul Deler e Yves Saint-Geours, comps., *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia-Colombia-Ecuador-Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 1986.

2. Germán Colmenares, “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1810-1830”, en *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

LA RECONSIDERACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA NACIONALISTA

En la obra de José Manuel Restrepo,³ la mayor de la historiografía nacionalista y patriótica, quedaron trazadas las directrices de interpretación que dominaron los estudios sobre la Independencia y la participación popular, sin conocer interpretaciones divergentes, a lo largo del siguiente siglo y medio. El análisis de la historiografía nacionalista “privilegia” la consideración de los dos grandes proyectos en lucha, el realista y el independentista, como protagonistas únicos, y configura como correlato una geografía política que se concentra en los acontecimientos ocurridos en el interior andino de la Nueva Granada. Esta historiografía realiza la independencia frente a España como un quiebre absoluto con el pasado, como el momento fundante de la vida republicana y de un nuevo orden político. El mito nacionalista intenta cohesionar pueblos y grupos sociales que no tienen un proyecto común, recurriendo a nociones como la de revolución, mediante la cual se entremezclan movimientos sociales a veces antagónicos como si fuesen uno solo o fuesen lo mismo.⁴ Tal y como ha sido señalado, en Restrepo están contenidos todos los elementos constitutivos de una concepción extremadamente elitista y prejuiciosa sobre el papel de lo popular en el proceso independentista que en lo esencial, como dice Alfonso Múnera, representa “un pueblo sin voluntad y sin ideas propias”.⁵ De fondo está la consideración de que los grupos negros o el campesinado indígena, al igual que otros sectores populares, jugaron un papel pasivo, marginal, y que su participación en las guerras de independencia representa simplemente un caso de instrumentación y disuasión que pone a los sectores populares al servicio de fines tácticos y militares ajenos, bien al servicio de los realistas, bien al de los independentistas.

Restrepo agrupó las regiones neogranadinas dependiendo de la posición asumida en el momento fundacional de la República, condenando unas como antirrepublicanas y exaltando otras como heroicas y fundadoras.

3. José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la república de Colombia*, seis tomos, Medellín, Bedout, 1974. La obra fue publicada inicialmente en 1827 y a lo largo del XIX tuvo otras ediciones.

4. Miquel Izard, “Élites criollas y movilización popular”, en François-Xavier Guerra, dir., *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Complutense, 1995.

5. Alfonso Múnera, “Las clases populares en la historiografía de la independencia de Cartagena, 1810-1812”, en *Fronteras imaginadas: la construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005.

Idealizados o despreciados, se han desconocido los objetivos políticos que se involucran en la movilización de las comunidades indígenas y de negros esclavizados durante la crisis política ocasionada por el colapso de la monarquía española. Esto explica que los pueblos o comunidades que entonces se inclinaron hacia la independencia, hayan merecido mayor atención por parte de la historiografía nacionalista que los ha destacado como patriotas. De los indios realistas, por ejemplo, se ha reprochado su fanatismo “e incapacidad para comprender lo que más le convenía a la patria y, en cambio, empeñarse en defender a sus tradicionales opresores”, sin preocuparse, como objeta Jairo Gutiérrez, por comprender las causas de la rebelión de los indígenas contra el proyecto republicano criollo.⁶ La consecuencia de ello es la incompreensión y descalificación de los motivos de las acciones colectivas, tanto de las élites como de los sectores populares, que fueron refractarios a la independencia. En estos casos se trata de proyectos liderados por las élites pero que tuvieron amplio apoyo popular.⁷ Tal respaldo es el que sugiere la presencia simultánea de iniciativas o “proyectos” populares, pues la crisis política del período configuró la oportunidad para que emergieran diversas acciones colectivas entre los libres de todos los colores, los negros esclavizados y las comunidades indias.

Las interpretaciones de Restrepo acerca del proceso de independencia en las provincias neogranadinas, en lo que hace a los sectores populares, han sido discutidas con detalle. Múnera ha señalado la “profunda antipatía” de Restrepo por Cartagena y su desprecio por indígenas, mulatos y mestizos de baja condición. Respecto a los acontecimientos de noviembre de 1811 en aquella ciudad, Restrepo muestra la participación de los sectores populares con imágenes negativas; es patente su queja contra el populacho y su crítica a una élite que tolera su insubordinación, de la misma manera que es contrario a la relación de los líderes de la élite con el pueblo. En el caso de la reputación ganada por Santa Marta y Riohacha como defensoras del rey, la historiografía nacionalista y patriótica, tiende a ver la resistencia realista como un truco de los gobernadores y comerciantes peninsulares sobre una población retrasada y políticamente ignorante. La explicación tradicional plantea que el realismo samario y su resistencia al republicanismo se deben fundamentalmente a la acción de unos pocos españoles peninsulares y se

6. Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.

7. Oscar Almarío García, “Muchos actores, varios proyectos, distintas guerras: la Independencia en la Gobernación de Popayán y las Provincias del Pacífico, Nueva Granada, 1809-1824”, en *Independencia, etnicidad y Estado nacional entre 1780 y 1930. La invención del Suroccidente colombiano*, tomo II, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.

interpreta como evidencia del atraso de esas regiones y del tradicionalismo e ignorancia de los indios. Steinar Seather considera que esta interpretación exagera la influencia y poder ejercidos por los oficiales reales, desestima lo arraigados que estaban los peninsulares en las redes de las élites locales, e ignora la visión política y los intereses de la mayor parte de la población; un cuarto y más importante elemento: desconoce los procesos por los cuales se crean las facciones republicanas y realistas y la parte que en ello juegan los temas políticos de orden local.⁸

A propósito de la representación de los pastusos como fanáticos religiosos y fieles al rey, Jairo Gutiérrez ha mostrado que es la imagen de los contemporáneos la que se fija en la lectura de los historiadores y políticos que no han hecho más que repetirla. La desaprobación a la conducta política seguida por el Cabildo de Pasto ante los ofrecimientos de la Junta de Popayán en septiembre de 1811 merece ya desde mediados de 1812 la estimación de los pastusos como “gentes estúpidas”. Los fusilamientos del presidente de la Junta de Popayán y de su comandante militar ocurridos en Pasto en enero de 1813 desatan descalificaciones hacia los pastusos como bárbaros incitados por un fanatismo religioso que incentivan los curas, asociado a la fidelidad al rey, e impulsado por peninsulares. Es la imagen con la cual las tropas republicanas justifican su “propia brutalidad” al invadir el territorio y reprimir las sublevaciones de Pasto. Ni los llamados pastusos son una población homogénea en términos étnicos, sociales o políticos, ni la resistencia a la república descansó en todo momento en los mismos intereses.⁹

En suma, lo que la nueva historiografía está señalando es la superación de la dicotomía entre realismo y republicanismo a la hora de abordar el proceso de independencia. Vista como el proceso político que entre 1809 y 1824 transfiere el poder del Estado colonial a las instituciones republicanas dominadas por los criollos, la independencia enfrenta dos proyectos políticos, el republicano y el legitimista, que dirimen su antagonismo mediante la guerra, pero la historiografía nacionalista al enfocar exclusivamente este aspecto del proceso desatiende las iniciativas desplegadas y los proyectos, “inorgánicos e informados”, que expresan distintos grupos étnicos y sociales regionales. Esta perspectiva vincula los conflictos emergentes a tensiones particulares existentes en el interior de sociedades regionales y propone una nueva lectura al proceso de independencia, demandando el reconocimiento de la emergencia de múltiples proyectos e iniciativas en tensión, de ninguna manera homogéneos, o que puedan ser definidos solamente en torno a

8. Steinar Seather, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riobacha, 1750-1850*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005.

9. Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*.

la defensa del rey o de la república, y que reflejan diversas fuerzas sociales en alianzas o en oposición, según los casos concretos.

LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

Las guerras de independencia abarcan el extenso enfrentamiento político y militar generado como resultado del vacío político a que da lugar la crisis de la monarquía hispánica. A partir de 1809, las alternativas políticas que se asumen en las colonias van desde el realismo, pasan por la actitud reformista, el impulso radical democrático o la indiferencia, hasta la guerra de razas y la guerra social. La crisis política que lleva al resquebrajamiento del orden colonial dio lugar a la manifestación o emergencia simultánea de conflictos latentes ya en la sociedad colonial; debilitados los mecanismos de control político y social, se desencadena una compleja y confusa situación en la cual confluyen intereses y proyectos de distinto orden.

El reconocimiento de las tensiones antecedentes entre las autoridades coloniales y los cabildos deja claro que el establecimiento de juntas en 1810 a lo largo de la Nueva Granada no está motivado en un deseo de romper con la monarquía española. Pese a que todas juran fidelidad al rey Fernando VII y afirman su lealtad a la religión católica, no se presenta “ninguna lucha ideológica entre republicanismo y realismo”, como observa Seather. Su iniciativa es más un intento de zafarse del poder de los oficiales reales, por lo general sin legitimidad. En tal sentido, también las juntas reflejan el resentimiento “largamente guardado” de los criollos contra el absolutismo Borbón y las formas realistas que en muchos casos han debilitado la autonomía local y fortalecido la influencia de los oficiales de la Corona nombrados en España. Es el rumbo que toma posteriormente la crisis política, en tanto afecta la cúspide de la jerarquía política colonial y deviene amenaza al orden social y político, el que termina por configurar el conflicto entre los defensores del imperio español, y los rebeldes que luchan por la independencia.¹⁰

Por las mismas razones, la crisis política del régimen colonial tuvo distinto significado e implicaciones según los intereses que se movilizaron con ella. La Corona, sus burócratas, los comerciantes, los indios, el campesinado y los negros libres o los esclavizados mantuvieron expectativas irreconciliables en muchos aspectos. Si cada grupo, sector o estamento toma parte en el proceso de independencia de manera particular, es claro que su vinculación es variada. En medio de la sensación de desorden generalizado, los

10. Steinar Seather, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riobacha*.

notables temen perder sus privilegios sociales, económicos y jurídicos o buscan ampliarlos. Ante la situación, algunos grupos o clases subalternas responden con una insurgencia que va cambiando en la medida en que cambian también los intereses antagónicos a sus aspiraciones.¹¹ En otros casos, élites criollas y sectores populares se ven obligados a tomar partido y buscan más bien posiciones intermedias y negociadas, resistiéndose así a dar apoyo absoluto a los realistas peninsulares o a los rebeldes republicanos.

La variada escala de conflictos que estallan simultáneamente durante las guerras de independencia da lugar a múltiples enfrentamientos locales, regionales, de clases y estamentos que, al menos inicialmente, no tienen como referencia un conflicto con España. Estos conflictos se presentan de acuerdo a contextos y escenarios específicos, a las particulares formaciones sociales locales y regionales. Por ello, en sus primeras fases, las guerras desatadas no tienen un carácter de guerras de emancipación sino que a través de ellas, como plantea Gutiérrez, se pretende dirimir pleitos judiciales irresueltos y conflictos de jerarquía urbana entre diversas provincias coloniales. Las guerras de independencia constituyen ocasión propicia para “sacar a flote” disputas por la hegemonía social entre los distintos linajes o clanes familiares dominantes y su control sobre economías y burocracias locales y regionales, así como resolver los conflictos “entre las corporaciones y estamentos en que se fraccionaba la sociedad colonial”. El papel de la crisis de las instituciones reales y las guerras de independencia es dar un contexto social, político y militar mayor a la emergencia de conflictos de carácter local, configuran el marco en que esos conflictos menores o locales, tales como los desencadenados por el control de la tierra, los nombramientos, las disputas familiares, los temas de comercio y hasta casos criminales de diverso orden, se entrelazan con cuestiones generales tales como la independencia o lealtad, republicanismismo o realismo.

De otra parte, las declaraciones de independencia alteraron el sistema de prelación de los centros urbanos que había dominado durante la colonia y, en general, el orden espacial y político basado en privilegios de orden local establecidos a ciudades y villas. Por ello el principio de soberanía popular viene a radicarse en los “pueblos” más que en los individuos, puntualiza Colmenares. Los privilegios de las ciudades provienen originalmente de las facultades de los cabildos “para distribuir los recursos contenidos en los términos territoriales asignados a un poblamiento”.¹² Amparados en su jurisdicción política, los cabildos son celosos delimitadores y acaparadores de recursos tales como bosques, tierras, aguas, minas y mano de obra, con la consecuencia de que el crecimiento económico no se trasmite a otros centros urba-

11. Miquel Izard, “Élites criollas y movilización popular”.

12. Germán Colmenares, “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales...”.

nos y, antes bien, acentúa las disparidades regionales y está en la base de sus rivalidades con otros poblamientos y con otras villas y ciudades. Las provincias terminan por albergar en sí mismas un conjunto desigual de poblaciones, algunas de las cuales llegan a convertirse en “focos de oposición” a la capital provincial. El quiebre de la unidad política conlleva a la polarización de las principales provincias. Una fractura territorial que va a dar origen a una geografía política de la independencia que no es exclusivamente andina y que se afianza luego por la dinámica de las guerras y el despliegue de varios intereses que reflejan fuerzas sociales disímiles. Dicho en términos de Hermes Tovar, la desigual configuración regional que se viene gestando a lo largo del siglo XVIII se pone de manifiesto y los bandos políticos se constituyen en “catalizadores de fuerzas sociales”.¹³ El establecimiento de juntas de gobierno en las provincias da oportunidad a muchos pueblos y ciudades de pretender, más que de España, la independencia con respecto a su capital provincial. El problema radica, como bien plantea Tovar, en que la creación de juntas no resulta suficiente para conjurar los intereses de los diversos grupos sociales movilizados. Antes bien, a las contiendas entre diversos pueblos y ciudades dentro de la misma provincia por la autonomía y a las negociaciones constantes entre diferentes provincias y ciudades del virreinato sobre su lugar en la jerarquía territorial, se suman factores tan diversos como el de los feudos familiares, las controversias sobre tierras o las *vendettas* personales, y todos concursan en promover las guerras.

La disputa de las provincias y sus subregiones genera las primeras guerras civiles; unas surgen en las provincias que quieren mantener su unidad y otras las organiza la naciente república en aras de definir la naturaleza federal o central del Estado a configurar. Del primer tipo son los enfrentamientos en las provincias del interior de la Nueva Granada entre 1812 y 1813, y, del segundo, el enfrentamiento entre las provincias que adoptan la Unión Federal y la provincia de Cundinamarca. Por su parte, las provincias que se mantienen bajo control español hasta 1815 son las de Santa Marta, Popayán y Pamplona, en tales zonas la acción militar es permanente. En la gobernación de Popayán, al sur del país, la resistencia realista se concentra en la provincia de Pasto, en tanto que Cali y las ciudades confederadas del Valle reciben ayuda militar de Santa Fe. En la costa Caribe, Cartagena lucha contra Santa Marta, centro de recepción de emigrantes españoles y monarquistas, y desde la cual se organiza la defensa del sistema colonial. Al noroccidente, en inmediaciones de los valles de Cúcuta, Pamplona se constituye en

13. Hermes Tovar Pinzón, “Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia, 1810-1820”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 11, 1983.

el eje de la defensa republicana y retaguardia de la guerra adelantada en territorio venezolano.

LA CONVOCATORIA AL PUEBLO

A lo largo de 1810, se presentó la acción de los cabildos provinciales del Virreinato de la Nueva Granada, incluyendo el de su capital, la ciudad de Santa Fe, en lo que se conoce como la segunda ola del movimiento juntista en las colonias americanas; estos acontecimientos terminaron con el derrocamiento de las autoridades locales y su reemplazo por juntas. En la Nueva Granada los cabildos, controlados en su mayor parte por criollos, fueron utilizados por estos contra gobernadores y corregidores a fin de promover sus intereses particulares y sus posibilidades de mejoramiento económico; desde ellos, las élites criollas alimentaron las discrepancias con la Audiencia y demás autoridades coloniales, configurándose así una rivalidad que, como en Santa Fe, replicaba en las distintas ciudades en forma de frecuentes inconformidades, quejas y pleitos entre las autoridades coloniales y los notables locales.

Las juntas de gobierno fueron instauradas primero en las provincias antes que en la capital del virreinato, y el Cabildo de Cartagena fue en realidad el primero en establecer una; en esta ciudad, representantes populares asistieron a las reuniones preparatorias a la instauración de su junta, que, una vez establecida el 22 de mayo en nombre de Fernando VII, depuso al gobernador español; en Mompox se destituyó al comandante militar el 24 de junio de 1810, y en agosto se organizó la junta; en el Socorro un levantamiento popular derrocó al corregidor y se creó una junta el 10 de julio de 1810; en Pamplona el gobernador fue derrocado el 4 de julio y se instaló una junta de gobierno. Desde el 3 de julio de 1810 los criollos de Cali crearon su junta y lideraron la conformación de la confederación de ciudades del Valle del Cauca. En todas estas poblaciones los notables locales contaron con apoyo popular o se dieron levantamientos que terminaron con la instalación de juntas.

A pesar de las iniciales muestras de descontento contra el gobierno colonial y de apoyo a los acontecimientos de 1810 en distintas ciudades por parte de sectores populares, que mediante su movilización dieron un respaldo fundamental a los pronunciamientos independentistas de las juntas, se debe considerar que en otros lugares de la Nueva Granada los sectores populares manifestaron igual descontento cuando los criollos llegan al poder. Por lo demás, la mayoría de la población fue indiferente e incluso se opuso a la independencia; el asunto estuvo claro desde un comienzo para

los líderes de la élite, como lo recordaba retrospectivamente uno de ellos:

He dicho poblaciones hostiles porque es preciso que se sepa que la Independencia fue impopular en la generalidad de los habitantes; que los ejércitos españoles se componían de cuatro quintas partes de los hijos del país; que los indios, en general, fueron tenaces defensores del gobierno del rey, pues presentían que como tributarios eran más felices que lo que serían como ciudadanos de la República.¹⁴

Por ello, y no obstante su arraigado sentimiento de superioridad étnica y social, los criollos debieron convocar al pueblo en primer lugar, como elemento de presión para que las autoridades virreinales aceptasen las juntas que sustituirían a las autoridades españolas, es decir, como apoyo en una eventual ruptura política, pero también en razón a que su participación daba legitimidad al movimiento. Las acciones llevadas a cabo por las élites criollas a través de los cabildos en 1810, convirtieron a estos sectores en protagonistas del proceso de independencia, no obstante que se apoyaron en la movilización de sectores populares urbanos en todas las acciones que llevaron a la constitución de juntas de gobierno. La figuración política de los actores populares se diluyó posteriormente, y ningún representante popular hizo parte de las juntas que se instauraron. Fueron las coyunturas políticas locales –por ejemplo, el propósito de derrocar a un corregidor u otro funcionario– las que posibilitaron la movilización conjunta del pueblo y las élites, siempre bajo la dirección de estas últimas. Se trató de revueltas típicamente coloniales en las que el levantamiento se hacía contra el mal gobierno y los abusos de las autoridades locales.

Las oligarquías locales, nucleadas en torno a la ideología del criollismo, apelaron a los sectores populares con las promesas de soberanía popular, participación política en las elecciones de representantes a las juntas y oportunidades económicas en actividades hasta entonces monopolizadas por el Estado español, tales como la destilación de aguardiente y el cultivo del tabaco.¹⁵ Igualmente, medidas como la abolición de la esclavitud y de algunos impuestos se dirigieron finalmente a vincular a los sectores populares a los ejércitos republicanos necesitados de aumentar sus efectivos. El decreto de guerra a muerte, del 15 de junio de 1813, en momentos en que Simón Bolívar marcha

14. Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, citado en Jorge Castillejo, "La participación social en la Guerra de Independencia", en *Historia de Colombia Salvat*, tomo 10, Bogotá, Salvat, 1988.

15. Víctor Manuel Uribe Urán, "¡Maten a todos los abogados! Los abogados y el movimiento de independencia en la Nueva Granada, 1809-1820", en *Historia y Sociedad*, No. 7, 2000.

a Caracas, ha sido precisamente interpretado como una declaración que reconoce la necesidad de atraerse a los grupos reacios a combatir contra España, en medio de la indiferencia e incluso la hostilidad de los pobladores locales. Pese a la indiscutible necesidad para el proyecto republicano de obtener apoyo por parte de las clases populares, tal reconocimiento no implica que los criollos simplemente utilizaron estos sectores como grupo de presión frente a las autoridades virreinales; la indiferencia inicial ante el proyecto independentista se modifica en el transcurso del proceso, particularmente en la medida en que la guerra se escala con mayor violencia y que la represión del gobierno de la Reconquista y los militares españoles se hace más indiscriminada sobre el conjunto de la población neogranadina. El régimen del terror desata una política represiva hacia todos los sectores y define entonces una nueva etapa de la participación popular cuya tendencia se decanta hacia la causa independentista.¹⁶ De este modo se explica que el campesinado no indígena esté presente no solo en el ejército libertador sino en las numerosas guerrillas que se forman entre 1816 y 1819 contra las tropas realistas, si bien muchas de ellas fueron manejadas por miembros de grupos de notables locales. Al menos treinta guerrillas operaron en el centro y oriente del país; sus intervenciones fueron fundamentales en apoyo a los ejércitos patriotas en episodios militares como el del Pantano de Vargas y el Puente de Boyacá en 1819. A ellos se suman igualmente sectores populares que colaboran, ya no en el terreno militar, sino en la provisión de suministros para las tropas.

Otro aspecto de la convocatoria al pueblo se configura frente a la población esclavizada. La apelación realista a los esclavos tiene antecedente en marzo de 1811 cuando el Cabildo de Popayán y su gobernador Miguel Tacón y Rosique acuerdan, con el fin de preparar la resistencia a las fuerzas de Cundinamarca, la libertad de los esclavos que tomasen las armas a favor del rey. En tiempos de la Reconquista, Pablo Morillo, en el mismo propósito de atraer a los negros a la guerra contra los ejércitos republicanos dispuso, en un decreto del 24 de abril de 1816, el otorgamiento de la libertad a los esclavos que denunciaran o presentasen algún jefe revolucionario, incluyendo sus propietarios. En un primer momento las autoridades coloniales tienen éxito en movilizar a la población negra y consiguen reunir un significativo número para combatir a favor de las tropas del rey, pero ello no les garantiza su lealtad política; los esclavizados parecen más bien actuar por su propia cuenta, sin obedecer a los mandos militares españoles.

16. Rebecca Earle, "Popular Participation in the Wars of Independence in New Granada", en Anthony McFarlane y Eduardo Posada Carbó, eds., *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, Londres, University of London, 1999.

Tampoco los patriotas contarán irrestrictamente con la población negra y esclavizada. Además del ofrecimiento de libertad del general Antonio Nariño, en la campaña del sur de 1813, a los pobladores negros a cambio de su incorporación a las filas, las medidas republicanas para atraer la población negra son de carácter oficial. La Constitución de Cartagena de 1812 prohíbe el tráfico de esclavos y proyecta la creación de un fondo de manumisión; en Antioquia la ley del 20 de abril de 1814 da libertad a los hijos de los esclavos que nacieran a partir de la sanción de la ley; Bolívar expide en junio de 1816 su primera proclama de liberación de esclavos; el congreso de Cúcuta de 1821 promulga la libertad de partos y las leyes de manumisión.

En todo caso se trata de medidas que no reflejan una “visión social” de la cuestión de la esclavitud. Antes bien, la esclavitud y la perspectiva de los esclavos no constituyen un problema para los republicanos, su libertad no se considera como reivindicación legítima o como un derecho de los esclavizados, y la abolición de la esclavitud no es un propósito explícito, ni una tarea pendiente para el futuro ordenamiento político. De hecho, los principales líderes republicanos del Cauca son esclavistas; estos adhieren al movimiento insurgente solo en la perspectiva de un proyecto de liberación política respecto a España y no sobre la base de un programa social. Ni siquiera los ensayos abolicionistas tendrán realización concreta. Desde el Congreso Federal de Tunja en 1814, cuando se plantea la cuestión de la conveniencia del abolicionismo, los propietarios y hacendados cierran filas en contra de una política abolicionista, y el Congreso de Cúcuta de 1821 aprueba solo la libertad de vientres y las leyes de manumisión, sin abolir el trabajo forzado, imprescindible en las haciendas de los dirigentes del proceso emancipador. El imaginario republicano niega lo negro y su problemática, el problema de la libertad de los esclavos aparece como problema táctico-militar, como amenaza para los intereses patriotas, dada la promesa realista que busca comprometerlos en la lucha. Lo importante de retener aquí es que, independientemente de las percepciones de las élites criollas, entre los esclavizados se mantiene el propósito de la libertad y cuando constatan que la República deja intacta la institución de la esclavitud, algunos radicalizan sus objetivos. En efecto, seguirán registrándose casos de sublevación de esclavos en las provincias mineras, que contemplan incluso acabar con los propietarios, y que son aplastados por la naciente República.¹⁷

17. Oscar Almario García, “Racialización, etnicidad y ciudadanía en el Pacífico neogranadino, 1780-1830”, en *La invención del Suroccidente colombiano*, tomo II, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.

En todo caso, las formas que adopta la movilización de la población negra esclavizada se configura, en gran medida, de acuerdo a la elección a la que se ven abocados entre la libertad ofrecida por sus propietarios y la lucha por la Corona, que tempranamente ofrece igual promesa; en ambas causas toman posiciones. Esta actitud es coherente con su interés particular de liberarse de la esclavitud, pues desde mediados del siglo XVIII los grupos negros del Pacífico sur neogranadino conquista paulatina y sostenidamente importantes espacios sociales para su reconocimiento y dignificación. Ello se evidencia en la masiva auto manumisión, el activo papel de los capitanes y contra capitanes de cuadrilla en las minas, los días de trabajo para sí que los esclavos logran institucionalizar, la posibilidad de formar familias, y en el hecho que los negros libres pudiesen adquirir terrenos de minas y comprar esclavos.¹⁸

Los negros, esclavizados o cimarrones, participan en la independencia pero a su modo; reticentes al servicio en ejércitos regulares, son más proclives a unirse a guerrillas o bandas armadas tanto realistas como patriotas, con las cuales incursionan sobre las haciendas de los propietarios, “diezmados por la represión española” para usar la expresión de Colmenares. Su imaginación política no proviene de la idea de la patria sino del propio interés. La crisis de poder que desatan las guerras de independencia es aprovechada para concretar su búsqueda de libertad, a través de la desobediencia a sus propietarios; del abandono de sus labores en las minas; del enmontamiento y la resistencia al reclutamiento; del control y laboreo de las minas por las antiguas cuadrillas y el reparto entre ellos de sus beneficios; y del uso libertario de formas de comunicación y desplazamiento por ríos y montes de distintas zonas y lugares.¹⁹ A su vez, las guerras de independencia propician el masivo reclutamiento de negros en el valle del Cauca; la huida de los esclavos de la misma región; y la aparición de guerrillas de negros del valle del Patía que, junto a los indígenas pastusos, constituirán el apoyo de líderes realistas como Agustín Agualongo y José María Obando.

LA REELABORACIÓN DEL DISCURSO REPUBLICANO

La crisis del orden colonial posibilitó el proceso de creación y conformación de una nueva matriz de la mentalidad política popular moldeada en buena parte por la influencia de la Revolución francesa, y propiciada por el

18. *Ídem.*

19. *Ídem.*

desarrollo de las guerras de independencia. En algunos casos, los sectores populares ampliaron y reelaboran, en una recepción diferenciada de la hecha por las élites, postulados políticos como libertad e igualdad hacia la esfera social y económica. Así, la igualdad fue asimilada a la eliminación de las jerarquías socio-raciales y simultáneamente a la igualación de la tenencia de la propiedad “a expensas de los grandes propietarios”. En las provincias del interior, desde los inicios del proceso independentista, se registra la acción de arrendatarios de resguardo que dejan de pagar las rentas, se denuncia la explotación ejercida por los hacendados, o se hacen solicitudes ante la nueva junta de gobierno para que tome medidas drásticas contra propietarios abusivos e inescrupulosos calificados como adversos al Estado y a la religión.²⁰

Otra vía de influencia del discurso republicano constituye la revolución haitiana de 1804, que tiene una importante influencia entre los pardos de la provincia de Cartagena. Un liberalismo popular, inspirado en el republicanismo haitiano, es utilizado por las clases populares cartageneras para plantearse, al menos por un corto período, un proyecto distinto al de las élites y que tiene oportunidad de configurarse entre 1811 y 1815. Haití constituye un símbolo que conduce a la radicalización de algunos sectores populares que se plantean incluso “poner fin al dominio de los blancos”. Ese igualitarismo de las clases populares tiene incidencia en las medidas adoptadas en la Constitución de Cartagena de 1812 que otorga la igualdad de derechos políticos y el sufragio para todos los hombres libres y declara ilegal el comercio de esclavos. Los pardos acceden a la Asamblea Constitucional, al Consejo de Guerra y al Congreso. De igual forma, los pardos o mulatos, la gente libre descendiente de africanos, sigue con atención los debates de las Cortes de Cádiz a lo largo de 1811 y luego de que éstas les niegan los derechos de ciudadanía, se convierten en seguidores de la independencia.²¹ Las decisiones de la Corte de Cádiz no solo favorecen que en Cartagena los mulatos se coloquen a favor de la separación de España, sino que decantan las alternativas criollas hacia la opción por la independencia.

En el caso de Cartagena, dos de los hechos que tienen una influencia propia en los acontecimientos posteriores y que definen la irrupción de los artesanos mulatos y otros grupos populares son el golpe del 14 de junio de 1810 contra el gobernador español Montes, y la rebelión del 4 y 5 de febrero de 1811, en la que los sectores populares de Cartagena se hacen del lado republicano. En el golpe de junio de 1810, las élites criollas trabajaron cons-

20. Mario Aguilera y Renán Vega, *Ideal democrático y revuelta popular*, Bogotá, ISMAC, 1991.

21. Marixa Lasso, “República, negros y castas. Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)”, en *Historia Caribe*, vol. III, No. 8, 2003.

cientemente para propiciar la participación de los sectores populares y su organización estuvo a cargo de los dirigentes del cabildo que buscaban con ello presionarlo para que renunciara. Tras la expulsión del gobernador, el Cabildo de Cartagena toma algunas medidas que no hacen más que estructurar nuevas oportunidades de movilización política popular. De un lado, se crearon dos batallones de patriotas voluntarios de pardos y negros, uno de ellos, Lanceros de Getsemaní, dirigido por Pedro Romero, entonces ascendido al grado de coronel; de otra parte, la Junta Suprema de Gobierno que se estableció el 14 de agosto, ratificó el dominio excluyente de las élites españolas y criollas. Es decir, al tiempo que las élites monopolizaban el poder político mediante su control de la Junta, creaban una nueva fuerza militar dirigida por un mulato de origen popular, que se hizo esencial para la conservación del poder.²²

La población mulata armada desbordó la expectativa criolla y comenzó a actuar autónomamente. Es precisamente la inminencia de la movilización popular, y no solo la lealtad a España, el móvil en el intento de sublevación auspiciado por una fracción de preeminentes españoles el 4 de febrero de 1811, con el propósito de apresar a los miembros de la junta y restablecer el gobierno del rey. En la reducción del golpe interviene el notablado criollo principalmente a través de Antonio de Narváez, el más alto oficial del ejército, pero también es definitiva la reacción de la población de algunos barrios populares de la ciudad. Desde entonces quedó perfilada el radicalismo que terminará tomando la lucha política a lo largo de 1811 y que desembocó, en un resultado no esperado por la élite; la declaratoria de independencia absoluta el 11 de noviembre. La separación de Cartagena respecto a España en esa fecha es, al menos en parte, resultado de la presión ejercida por los sectores populares sobre unas élites criollas moderadas. Artesanos y trabajadores negros y mulatos presionaron, por tanto, a las élites locales para la adopción de la independencia completa de España. El negado derecho a la igualdad permitió a los artesanos mulatos de Cartagena identificar tal derecho con la independencia. En la mentalidad de negros y mulatos la independencia se asimila a igualdad social.²³

El enfrentamiento entre la élite criolla y los negros y mulatos artesanos que aspiraban a la igualdad es un ingrediente importante de la compleja tensión social que se expresa a partir del 11 de noviembre de 1811. El conflicto social prevaleciente en la ciudad llega a su mayor tensión a fines de 1814 y comienzos de 1815 enfrentando a las élites criollas con la fracción dirigi-

22. Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República/Áncora, 1998.

23. *Ídem.*

da por los hermanos Piñeres, que actuaba en alianza con los sectores populares.²⁴ Sin embargo, la influencia haitiana entre los sectores pardos se extiende más allá y se incorpora como símbolo popular en varios sucesos a lo largo de los años veinte, ya bajo el nuevo sistema republicano. El ejemplo de Haití, “una república gobernada por negros”, hace de la amenaza de la guerra de razas algo posible. Los disturbios en Mompo de 1823 ponen en evidencia que “Haití se ha convertido en una imagen utópica para las clases bajas” y en ese sentido encarna las aspiraciones de los republicanos de los sectores pobres en esa población. El motín militar en Cartagena en 1828, encabezado por el general pardo José Prudencio Padilla contra la pretensión de Bolívar de modificar la Constitución de 1821, devela así mismo, la defensa de la Constitución liberal y el conflicto racial, como los dos temas de interés político entre las clases populares, combinando el republicanismo con la reivindicación racial, y muestran la compleja “gama de agendas políticas” presentes y en las que se combinan la amenaza contra los blancos y la defensa de la libertad contra la dictadura militar y el proyecto constitucional de Bolívar. Ambos casos ilustran las diferentes connotaciones que los términos republicanismo e independencia tienen entre los pardos, así como el “activo recelo” y temor mantenido por las élites locales blancas hacia las interpretaciones radicales del republicanismo.²⁵

LA MOVILIZACIÓN INDÍGENA CONTRA LA REPÚBLICA

Al tiempo que desempeñaron un papel importante en la causa criolla, los sectores populares buscaron plantear aspiraciones propias en medio de las diversas reacciones y actitudes ante la crisis política de la monarquía, así que sus manifestaciones políticas en este período expresaron algo más que el éxito de las élites en atraer su apoyo mediante sobornos, regalos o favores. La aparente capacidad mostrada por las élites para movilizarlos en torno a sus propios proyectos no debe dejar de considerar que los sectores populares poseían una densa y dilatada tradición acumulada de movilización y acción política proveniente del período colonial que se expresó en sus propias iniciativas durante el período entre 1809 y 1824. Los sectores populares en la Nueva Granada no esperaron a 1809 o 1810 para manifestarse políticamente. A lo largo del período previo, construyeron una valiosa experiencia política que precedió a los movimientos de inspiración criolla. Entre otras razones porque el peso de la estructura colonial —la dominación, la explota-

24. *Ídem*.

25. Marixa Lasso, “República, negros y castas”.

ción económica y la segregación de las castas— no recaía sobre la clase dominante, sino sobre los sujetos populares quienes la soportaban.

La emergencia de tumultos, levantamientos, sublevaciones, motines y rebeliones, particularmente durante el siglo XVIII, permite reconocer que la acción colectiva popular en la independencia forma parte de procesos de larga duración. La rebelión de los Comuneros en 1781, pese a su importancia, no es la primera ni la última manifestación de oposición popular al gobierno central; los temas y agravios expresados, así como los comportamientos y metas de los participantes, se encuentran también en desordenes menores. Normalmente de ámbito local, constituyeron la respuesta de múltiples grupos sociales contra los abusos del poder oficial o de funcionarios coloniales tales como alcaldes mayores o corregidores. Son acciones antifiscales; contra la violación de derechos de aguas o tierras; o contra las amenazas del poder oficial a las prácticas religiosas tradicionales; sus objetivos fueron básicamente defensivos y su ideología básicamente tradicional. Dichas rebeliones y protestas pocas veces se dirigieron contra el sistema colonial como tal “y menos contra la monarquía española”, no configuraron movimientos revolucionarios en la medida en que ninguno pretendió la independencia del dominio español ni cambiar el orden social imperante. Pero tampoco, las insurrecciones coloniales actuaron a favor de la independencia al modo de causas, ni fueron sus movimientos precursores. Expresaron sí alianzas multiétnicas y multiclassistas, muchas de las cuales emergieron nuevamente durante la década de 1810 o anticiparon los acontecimientos del período independentista.²⁶

Para diversas comunidades de indígenas tributarios, los criollos, que en la nueva situación pasan a la dirección del gobierno, representan sus enemigos de varios siglos y los ejércitos republicanos son percibidos como auténticas fuerzas invasoras. El trabajo indígena en la minería y la agricultura constituye el pilar de la economía colonial y está a la base de la formación de las fortunas de la élite criolla, propietaria de la tierra y ávida de mano de obra barata para el trabajo de sus haciendas. Dueños de la tierra y la riqueza, es contra ellos que las comunidades han mantenido continuas quejas ante las autoridades coloniales y ante el rey, en su calidad de “protector”, en defensa de sus tierras y de la riqueza producida con su trabajo. Visto así, el problema para los indígenas es optar entre el gobierno del rey o el gobierno de los

26. Anthony McFarlane, *Desórdenes civiles y protestas populares. Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1999; Brian Hamnett, “Las rebeliones y revoluciones iberoamericanas en la época de la Independencia. Una tentativa de tipología”, en François-Xavier Guerra, dir., *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*.

criollos.²⁷ En lo que constituye una tendencia general en Hispanoamérica, las comunidades indígenas prefieren mayoritariamente la monarquía.

La resistencia antirrepublicana de las poblaciones indígenas tiene así el propósito de “escapar” a la destrucción de las condiciones que mantienen su cultura y a la explotación económica. Aparentemente inscritos pasivamente en relaciones paternas ejercidas por la Corona, los indígenas establecen claras diferencias entre el rey, los agentes del Estado colonial y de la clase dirigente criolla. La separación entre el monarca y el mal gobierno de sus funcionarios permite a los indígenas no solo separar los dos aspectos del problema, sino distinguir los intereses criollos de los suyos propios. Más que con la monarquía española, el vínculo de las comunidades campesinas indígenas es con la figura del rey, que se presenta como protector ante la voracidad de los burócratas coloniales y los criollos. La fidelidad hacia el rey se expresa bien en militancia en los ejércitos realistas, bien en la formación de guerrillas antirrepublicanas. Las áreas realistas pueden demarcarse en la Nueva Granada con relativa claridad. Santa Marta y las poblaciones en los alrededores de su Sierra Nevada, así como la provincia de Riohacha, mantienen una actitud monárquica, reforzada por el hecho de convertirse en el centro realista más importante en la costa atlántica y sede provisional del gobierno español. Desde Santa Marta se dirige la estrategia y se fijan las tácticas que enfrentan a la insurgencia patriota. Al sur del país, la provincia de Pasto, una zona dependiente de la gobernación de Popayán, se mantiene fiel a la monarquía. En ambos casos, destacan los esfuerzos que la política española pone en juego para atraer a los indígenas como una fuerza social definitiva, otorgando algunos beneficios a los indios que contribuyeron a la derrota patriota, haciendo de la exoneración parcial o total del tributo un instrumento político para ganar su adhesión.

La circunstancia de la guerra, por lo demás, propicia acciones que muestran la existencia de otro tipo de conflictos, menos evidentes, y la oportunidad para que los sectores populares persigan sus propias metas, sancionen justicia y cobren agravios. Cuando en enero de 1813 la población indígena que defiende Ciénaga se amotina contra los oficiales realistas que pretenden que regresen a Santa Marta, no solo se dispersan hacia sus poblados sino que se hacen a su propio botín llevando consigo “una pechera con cien mil pesos y dos cañones”, además de dar muerte a un cura, a dos soldados y a algunos funcionarios rezagados que no alcanzan a unirse a la tropa realista. Otras actuaciones autónomas las testimonian los mismos indígenas de las inmediaciones de Santa Marta cuando, a instancias del capitán general Francisco Montalvo,

27. Javier Ocampo López, “El proceso político, militar y social de la Independencia”, en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, Bogotá, Planeta, 1989.

reciben armas para ayudar a la defensa de la provincia. Algunos grupos usan estas armas para saquear las propiedades de los latifundistas con el argumento de que los atacados son jacobinos o disidentes. Pese a que tales conductas son consideradas por el oficial español como excesivas, no reciben ningún castigo dado el valioso apoyo indígena como fuerza contra los insurgentes.

En el conjunto de la provincia de Santa Marta, las tensiones entre la nobleza local y los pueblos tributarios circundantes tienen su origen en conflictos antecedentes que reasumen una nueva intensidad e ilustran el enfrentamiento de las comunidades tributarias con los criollos republicanos. Tal es el caso de la disputa que enfrenta en la ciudad de Santa Marta a los indios tributarios de Mamatoco con el coronel Munive y Mozo –comandante de milicia de la ciudad y proclive a la Junta de Santa Fe– dueño de la hacienda Santa Cruz de Curinca que colinda con la aldea de Mamatoco y con la plantación azucarera de propiedad de Joaquín de Mier llamada San Pedro Alejandrino. Los indios mamatocos se amotan el 23 de noviembre de 1810 a causa de la dilación del gobernador para resolver el conflicto entre ellos y Munive.²⁸

Así, pues, la leal defensa de los oficiales coloniales y de la Corona por parte de las comunidades indígenas de las provincias de Santa Marta y Riohacha, es menos resultado del tradicionalismo o el retraso político de los indígenas y más la consecuencia lógica de los patrones locales del conflicto definidos en torno a la lucha por la tierra y el poder político local. En la resistencia popular al gobierno patriota interactúan varios elementos: la disputa por redefinir la jerarquía territorial por parte de pueblos subordinados que resisten a la dominación de las ciudades principales de la provincia; la defensa de la integridad y la identidad histórica de las comunidades indígenas tributarias; y la reacción popular contra las pretensiones de los poderosos locales sobre la tierra y el trabajo. La resistencia realista se alimenta finalmente de los agravios causados por el comportamiento de los oficiales republicanos y revela también la configuración de alianzas y redes previas con los funcionarios coloniales locales.²⁹

En el caso de Pasto, y siguiendo la división propuesta por Jairo Gutiérrez, el comportamiento político de los indígenas y su papel en las guerras de independencia enfrentando a los ejércitos republicanos tiene dos etapas; una primera, en la que actúan como agentes subordinados de los intereses de las élites locales, comprendida entre 1809 y 1822; y una segunda, entre 1822 y 1825, en la que proceden con mayor autonomía, como actores principales de las rebeliones.³⁰

28. Steinar Seather, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha*.

29. *Ídem*.

30. Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*.

Durante esta segunda etapa de participación popular, Gutiérrez observa que en este período se marca una ruptura significativa dado que la acción política campesina es ahora más autónoma; la encabezan por primera vez auténticos campesinos “con estrechos vínculos en los pueblos indios”. El hecho fundamental para el advenimiento de esta situación lo provee la capitulación de las élites locales luego de la entrada del ejército independentista a Pasto que obliga la retirada española. A pesar de que Bolívar logra la adhesión mayoritaria a su proyecto de parte de la élite local y del obispo de Popayán, comprometiéndose a mantener sus bienes cargos y privilegios tal como se garantizaba en las capitulaciones de Berruecos, esta adhesión no garantiza la de los indios y demás sectores populares, y desde el momento mismo de la capitulación, las milicias campesinas que componen el ejército realista expresan su inconformidad señalándola como una traición. El otro elemento que transforma la resistencia se presenta cuando, desde la propia ciudad de Pasto se organiza un cuerpo de milicia que apoya a los republicanos en la persecución de la guerrilla que emerge, profundizando tanto la resistencia organizada como el bandolerismo social, con lo cual se perfilaba un “claro enfrentamiento de clases y etnias situadas diferenciadamente en la ciudad y el campo”.³¹

A poco de la marcha hacia Quito por parte de Bolívar, el 28 de octubre de 1822, se presenta la primera sublevación contra la República encabezada por el coronel español Benito Boves, quien, una vez llegado a Pasto, proclama a Fernando VII e instaura un nuevo gobierno. Boves determina suspender el cobro del tributo indígena y a cambio establece una contribución para el ejército real que deben pagar los “traidores a la causa”, y dirigido contra los sectores acomodados; buscando aún más apoyo político entre los sectores populares, estimula el saqueo de fincas y haciendas de los adversarios. Gutiérrez anota cómo el hecho que en 1822 el propio Obispo de Popayán excomulgara a los dirigentes populares de las guerrillas realistas y descalificara sus actuaciones, controvierte el argumento del fanatismo religioso y la manipulación clerical de los campesinos como explicación insuficiente para su movilización, sin que ello desconozca el papel jugado por los curas realistas en las rebeliones.

En diciembre de 1822, el ejército republicano derrota a los realistas y en la represión que sobreviene se cuentan fusilamientos, masacres, y levas masivas. Bolívar llega hasta Pasto en enero de 1823 decretando contribuciones forzosas y deportaciones. La retaliación de los oficiales republicanos solo exacerba el odio de los pastusos contra la República. A las medidas represivas se agregan las que afectan directamente la integridad e identidad comunales. El Congreso de 1821 ha ordenado la disolución de los resguardos y la supre-

31. *Ídem.*

sión de los conventos menores, lo que no hace sino fortalecer las razones para la rebelión. En procura de recuperar la estabilidad de su modo de vida tradicional, los campesinos indígenas inician una nueva rebelión en junio de 1823, esta vez, sin alianza alguna con los nobles locales. Los levantamientos que se presentan a partir de esta fecha buscan claramente combatir a la República.³² Finalmente, la guerrilla realista es derrotada por las tropas republicanas al mando de Tomás Cipriano de Mosquera, y Agustín Agualongo es apresado días después por José María Obando y conducido a Popayán donde es fusilado, junto con 87 de sus hombres, el 13 de junio de 1824.

La historia de la independencia vista como una guerra de castas se condensa, en observación de Oscar Almario, al modo de acontecimiento ejemplar, justamente en el tratamiento dado a Agualongo después de su derrota. Su fusilamiento a manos republicanas no consideró los procedimientos mínimos del derecho militar, fue en realidad “un acto vengativo que simboliza la guerra de castas que encubría detrás de los proyectos mayores en lucha, es decir, el realista y el independentista”. La misma situación se repite contra poblaciones negras anónimas, pues pretendiendo castigar a los habitantes del río Patía por no haber hostilizado el paso del líder realista, Mosquera ordena el asesinato de cerca de 30 vecinos sin fórmula de juicio. Un hecho que ilumina la creciente tensión entre el proyecto republicano y las poblaciones.³³

Más allá de la dura experiencia de la represión, es la República la que se percibe como amenaza, como enemiga de la religión y de la tranquilidad de los pueblos. Para las comunidades indias de Pasto, el nuevo régimen republicano fue una amenaza a las bases que garantizaban su reproducción social comunitaria; enfrentaron a los ejércitos republicanos en defensa de un modo de vida que les había permitido protegerse, entre otras, de las pretensiones sobre sus tierras de ambiciosos hacendados y de mestizos desposeídos. Con todo, el régimen colonial había constituido un sistema legal y burocrático que les había permitido la defensa de los resguardos y cabildos. En este sentido, las pretensiones republicanas de igualdad ciudadana, abolición del tributo y disolución de la propiedad comunal fueron interpretadas como un agravio y amenaza a la identidad comunal.³⁴

32. *Ídem.*

33. Oscar Almario García, “Racialización, etnicidad y ciudadanía en el Pacífico neogranadino, 1780-1830”.

34. Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*.

CONCLUSIÓN. LA RENOVACIÓN DE LA LECTURA SOBRE LA PARTICIPACIÓN POPULAR

La historiografía nacionalista y patriótica ha sostenido la idea de que al momento de la independencia la Nueva Granada es ya una unidad política, y que a través de las juntas de 1810 y 1811 la élite criolla se levanta en contra del gobierno de España impulsada por el ideal de crear una nación independiente. Por el contrario, para entender el carácter de la independencia debe tenerse presente, primero, que la unidad política y la nación no son un punto de partida, presentes ya en el inicio de la vida republicana, sino procesos por configurar, de modo que al estallar la independencia no hay una élite criolla con un proyecto nacional sino varias élites regionales con proyectos diferentes que llegan a chocar entre sí; y, segundo, que las clases subordinadas tienen una participación decisiva, con sus propios proyectos e intereses, desplegando diversos niveles de participación, en el desarrollo de las guerras de independencia.

Considerando las distintas formas de acción colectiva que desarrollaron los sectores populares, la periodización tradicional, centrada en las acciones del ejército libertador de los criollos republicanos que marca el fin del proceso en 1819 debe ser reconsiderada. Las múltiples guerras implican también diferentes temporalidades. Después de la Batalla de Boyacá, los rebeldes criollos solo controlan el interior de la Nueva Granada pero las fuerzas realistas se concentran en la costa Caribe. Cuando se establece la República de Colombia y se promulga la Constitución de Angostura en 1819, las provincias de Santa Marta y Riohacha están todavía bajo el régimen español. Entre 1819 y 1823 se marca un período particular de las guerras de independencia, pues señala la derrota de las fuerzas realistas y la inclusión de las provincias aún faltantes a la República de Colombia. Justo cuando las guerras de independencia han concluido y la victoria de los ejércitos patriotas parece definitiva, los indios de Pasto se sublevan contra el régimen republicano recién establecido. Como ha recordado Jairo Gutiérrez, apenas dos meses después de la Batalla de Pichincha, el 8 de junio de 1824, un ejército de indígenas y campesinos pastusos se levanta contra el gobierno militar del coronel Juan José Flores; y todavía a mediados de 1825 la guerrilla de José Benavides se mantiene en actividad, hostigando al ejército republicano y asaltando en los caminos que unen a Pasto y Popayán con Quito.

Para comprender la política popular desplegada a lo largo de las guerras de independencia debe atenderse el criterio de que la sola composición socio-racial no tiene una relación directa con las actitudes y prácticas políticas, de manera que no es el fenotipo de los sujetos populares sino más bien su visión política y sus relaciones con las élites locales lo que las defi-

ne.³⁵ A pesar del mantenido prejuicio de que los negros están a favor de la igualdad y el proyecto republicano de los criollos, y que los campesinos indígenas son los tradicionalistas y atrasados, el examen de las configuraciones regionales muestra que la población negra y esclavizada no necesariamente encuentra la república más atrayente que la adhesión a la monarquía. Es evidente que las élites no logran controlar ni manipular la opinión popular de manera absoluta, de modo que para explicar las diferentes elecciones hechas por los sectores populares, deben analizarse de cerca los resentimientos, las redes y las alianzas establecidas en cada caso particular, pues la precisa configuración del conflicto depende de las circunstancias locales y de sus patrones previos, inscritos en su particular experiencia colonial, así como de la recepción de la ideología y las prácticas que instaura la República.

Fecha de recepción: 26 febrero 2009

Fecha de aceptación: 20 marzo 2009



BIBLIOGRAFÍA

- Aguilera Peña, Mario y Renán Vega Cantor, *Ideal democrático y revuelta popular*, Bogotá, ISMAC, 1991.
- Almarío García, Oscar, “Muchos actores, varios proyectos, distintas guerras: la Independencia en la Gobernación de Popayán y las Provincias del Pacífico, Nueva Granada, 1809-1824”, en *Independencia, etnicidad y Estado nacional entre 1780 y 1930. La invención del Suroccidente colombiano*, tomo II, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.
- , “Racialización, etnicidad y ciudadanía en el pacífico neogranadino, 1780-1830”, en *Independencia, etnicidad y Estado nacional entre 1780 y 1930. La invención del Suroccidente colombiano*, tomo II, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.
- Brown, Mathew, “Esclavitud, castas y extranjeros en las guerras de la independencia en Colombia”, en *Historia y Sociedad*, No. 10, 2004.
- Castillejo, Jorge, “La participación social en la guerra de independencia”, en *Historia de Colombia Salvat*, tomo 10, Bogotá, Salvat, 1988.
- Colmenares, Germán, “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca, 1810-1830”, en *La Independencia. Ensayos de historia social*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

35. Steinar Seather, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riobacha, 1750-1850*.

- Earle, Rebecca, "Popular Participation in the Wars of Independence in New Granada", en Anthony McFarlane y Eduardo Posada Carbó, eds., *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, Londres, University of London, 1999.
- Gutiérrez Ramos, Jairo, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.
- Hamnett, Brian, "Las rebeliones y revoluciones iberoamericanas en la época de la Independencia. Una tentativa de tipología", en François-Xavier Guerra, dir., *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Complutense, 1995.
- _____, "Popular Insurrection and Royalist Reaction: Colombian Regions, 1810-1823", en John R. Fischer, Allan Keuthe y Antony McFarlane, eds., *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, Louisiana, State University Press, 1990.
- Izard, Miquel, "Élites criollas y movilización popular", en François-Xavier Guerra, dir., *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Complutense, 1995.
- Lasso, Marixa, "República, negros y castas. Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)", en *Historia Caribe*, vol. III, No. 8, 2003.
- McFarlane, Anthony, "Desórdenes civiles y protestas populares", en *Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1999.
- Múnera, Alfonso, "Las clases populares en la historiografía de la independencia de Cartagena, 1810-1812", en *Fronteras imaginadas: la construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005.
- _____, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República/Áncora, 1998.
- Ocampo López, Javier, "El proceso político, militar y social de la Independencia", en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, Bogotá, Planeta, 1989.
- Ortiz M., Luis Javier, "Participación de sectores populares en la Independencia de Pasto, 1809-1824", en *Revista de Extensión Cultural*, No. 22, Medellín, 1986.
- Rueda Santos, Rigoberto, "El 20 de julio de 1810. Un episodio de protesta urbana en Bogotá", en *Memoria y Sociedad*, No. 23, 2007.
- Seather, Steinar A., *Identidades e Independencia en Santa Marta y Riobacha, 1750-1850*, Bogotá, ICANH, 2005.
- Tovar Pinzón, Hermes, "Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia, 1810-1820", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 11, 1983.
- Uribe Urán, Víctor Manuel, "¡Maten a todos los abogados! Los abogados y el movimiento de independencia en la Nueva Granada, 1809-1820", en *Historia y Sociedad*, No. 7, 2000.
- Valencia Llano, Alonso, "La oposición popular a los proyectos independentistas de las élites del sur de la Nueva Granada", ponencia presentada en el Coloquio Internacional "Memoria e historia regional. Una mirada al proceso de la Independencia en América Andina", en Quito, de 9 al 12 de mayo de 2007.